

DE LA *TERRA IGNOTA* AL JARDÍN TERRENAL. TRANSFORMACIONES EN LOS USOS Y FUNCIONES DEL TERRITORIO DE LA URBE GLOBAL

Artemio Baigorri*

Resumen

Los usos del territorio y su relación con la ciudad dependen del modo de producción dominante. Éste, entendido, no desde el reduccionismo marxista, sino como las eras tecnosociales propuestas por Geddes -a través de Mumford-, es un complejo que incluye las relaciones y medios de producción, pero también ciertas construcciones mentales y estilos de relación con la Naturaleza, entendida en su sentido amplio. En cuanto a la planificación urbanística, desde que existe, ni ha hecho nunca ni podrá hacer nunca otra cosa que prestar coherencia técnica e ideológica a dichos procesos.

Desde antes del Neolítico, el territorio, como Naturaleza, se constituyó en una *terra ignota* que, además de ofrecer recursos, sustentaba pavores. La Revolución Industrial, por su parte, permitió descubrir, conquistar y dominar aquel mundo mágico que se extendía más allá de los caminos y los campos, incorporándolo al metabolismo de la ciudad. Sin embargo, la nueva Sociedad de la Información supone la conversión del territorio, de la Naturaleza, en un espacio multifuncional, tan complejo como las propias sociedades humanas, y llega a plantearse incluso la consecución de lo que constituyó un sueño eterno: el jardín del Edén.

En las tres últimas décadas, en el conjunto de los países desarrollados y, por supuesto, en España, hemos vivido el cenit en la conformación del tipo de relaciones con el territorio que ha caracterizado a la sociedad industrial. Sin embargo, preocupados por los efectos -casi siempre negativos- consiguientes, hemos prestado escasa

* Sociólogo. Universidad de Extremadura (España).

atención a los cambios que se vienen operando, y que van definiendo la nueva relación que ha de caracterizar a la sociedad de la información en la que nos adentramos. Para que la planificación urbanística, como instrumento legitimador y de cohesión social, pueda incorporar esas nuevas relaciones, es condición previa necesaria que seamos capaces de analizarlos.

Introducción

La caracterización de la historia humana en términos de cierta analogía con la evolución de los organismos vivos, de lo más simple a lo más complejo, es tan antigua como el intento de comprender el sentido de las cosas y, sobre todo, el sentido de los cambios que, aún dentro de nuestro estrecho horizonte vital, los seres humanos llegamos a observar. Cada cierto número de generaciones, la Humanidad -o la parte de la misma que protagoniza la Historia en cada momento- se enfrentan con el hecho empírico de que la sociedad ha cambiado, y lo percibe en términos de lo que Toffler describió como un «shock de futuro» (Toffler, 1970). Quienes, padeciendo lo que podríamos denominar «el síndrome de Ludd», se posicionan frente a los cambios, encuentran que el shock no es sino la prueba de que, indefectiblemente, la Humanidad camina hacia su destrucción. Pero quienes con Kant consideran la historia como una progresión inacabable «hacia mejor» (Kant, 1989), estiman que se trata tan sólo de las incomodidades propias del proceso adaptativo, y se apresuran a intentar construir un modelo explicativo.

Con independencia de que, frente a dichos cambios sociales, nos situemos en posiciones apocalípticas o integradas, por utilizar la ya clásica dicotomía de Umberto Eco, es evidente que dichos modelos constituyen un instrumento de la razón que nos permite comparar no sólo diferentes períodos, sino, asimismo, distintos espacios históricos. Y, en lo que al análisis del territorio se refiere, permiten explicar en términos más complejos de los usuales las transformaciones que se vienen produciendo, tanto en su forma como en su función. A veces, como puso de manifiesto Friedmann respecto de Mumford, pueden incluso convivir una modelización de la historia en términos implícitamente positivos, con una posición apocalíptica en lo que hace a la valoración (Friedmann, 1981), y en ese punto surge, sin duda, la necesidad de la utopía, como superación de una flagrante contradicción del espíritu. Pero esa es una cuestión que va mucho más allá de los modestos planteamientos de nuestra reflexión.

De la sociedad pretecnológica a la sociedad de la información

El modelo más aceptado en la actualidad que explique la sucesión de las civilizaciones distingue, a partir de una situación primigenia que nos es plenamente desconocida en sus aspectos fundamentales, tres grandes eras -u oleadas civilizatorias- en Toffler: una Era Agrícola o Tradicional, que se iniciaría con la Primera Revolución Tecnológica conocida, la del Neolítico; una Era Industrial o Moderna, que se inicia no tanto con la Revolución Industrial inglesa como con la Revolución Comercial del siglo XV, y una Era Informacional o Postindustrial, que se nos vendría anticipando desde mediados del siglo XX (Toffler, 1980). No es cuestión de extendernos en una descripción exhaustiva, pero debemos señalar siquiera algunos aspectos, de entre los que caracterizan a estas sociedades. El cuadro siguiente los recoge sintéticamente:

	Sociedad Agraria Tradicional	Sociedad Industrial Moderna	Sociedad Informacional Postindustrial
Objetivo que determina acciones y elecciones	Supervivencia física	Incremento del nivel de vida	Realización personal
Tendencia Demográfica	Población estable	Explosión demográfica	Estancamiento/Equilibrio
Tipo de Asentamiento	Rural	Urbano	Ciudad global/virtual
Sector Clave	Agricultura	Industria	Servicios
Actividad Dominante	Extractiva de la Naturaleza	Fabricación	Información
Productos Estratégicos	Alimentos	Bienes y Equipos	Ideas
Recurso Básico	Tierra	Capital	Conocimiento
Tipo de relaciones	Comunitarismo	Individualismo de mercado	Individualismo corporativo
Energía	Metabólica	Fósil	Inteligente
Relación con el Tiempo	Ritmo de la Naturaleza	Basada en el reloj	Flexibilidad orgánica
Movilidad Física	Escasa	Grande	Virtual
Relación vs. Naturaleza	De dependencia	De dominio	De equilibrio

Si prestamos atención a los factores recogidos en la tabla, observaremos cómo han debido determinar tanto la forma como la función del territorio en cada uno de los momentos de dicha evolución.

Aunque no tenemos recuerdo histórico de cómo los hombres anteriores al Neolítico utilizaron el territorio, tenemos la certeza de que, en cuanto a la Humanidad le fue posible, se estableció en asentamientos permanentes, refugiándose de una Naturaleza que le era hostil. En realidad, el hombre nunca ha vivido -fuera del mundo de los sueños y de la utopía social- en armonía con la Naturaleza. Al contrario, sólo ahora, después de unos cien siglos de lento progreso, se encuentra en condiciones de lograrlo -sin que ello implique, por supuesto, la convicción de que vaya a llegar a hacerlo-. Aunque la forma en que -sobre todo a partir de Kingsley Davis- se ha descrito la urbanización del mundo, ha llevado a pensar que la población humana haya pasado

de estar dispersa por campos y bosques a amontonarse en las grandes ciudades, el hecho cierto es que la inmensa mayoría de la población vive en asentamientos estables con cierto nivel de urbanización desde hace, al menos, cuatro mil años. El poblamiento disperso ha sido históricamente más raro de lo que lo es actualmente.

Cuando el hombre descubrió la agricultura, pudo establecer en torno a sus asentamientos un sistema de producción permanente de alimentos. Descubrió incluso que los mismos factores tecnológicos que le permitían producir alimentos le facilitaban la conversión de algunos fragmentos de naturaleza en espacios que reproducían la utopía milenaria de una armonía en la que la Naturaleza no agredía al hombre, sino que se le ofrecía. El sueño del paraíso de la utopía judaica se materializaba en los jardines interiores a los muros de la ciudad, y en las huertas de su entorno. Pero más allá de esos pequeños espacios conquistados a la naturaleza, se extendía la terra ignota, el espacio del temor y la incertidumbre. Es en realidad la idea que transmiten los primeros mapas conocidos.

El territorio externo a los asentamientos humanos ha sido, en la mayoría de las culturas, un lugar oscuro y desconocido, espacio de hadas pero también de belicosos monstruos. El hombre penetraba con temor en estos territorios para dotarse de algunos recursos como la caza, la madera y unos pocos minerales conocidos. El historiador J.R. Hale calculó que la distancia máxima a la que un individuo podría llegar a desplazarse, por término medio, en las sociedades agrarias, era de 25 kilómetros (Hale, 1971). Si bien la capacidad de soñar siempre hizo imaginar al hombre que, más allá de los bosques impenetrables, había lugares donde los perros se ataban con longanizas, y, aunque ciertamente, no los había, sí existían otros grupos encerrados en sus pequeños territorios humanizados, con los que, cuando unos pocos se aventuraron a encontrarlos, pudieron intercambiar ideas y productos.

Sin duda, fue el dominio de la Naturaleza el principal desafío de la Humanidad durante varios milenios. Como al enemigo, se la observó sistemáticamente; los viajeros descubrieron cómo otras comunidades habían encontrado algunos de sus puntos débiles, y éstos se difundieron multiplicando los conocimientos. Y al cabo, el hombre llegó a la conclusión de que no era una brizna de hierba a merced de los elementos, sino que podía llegar a ser su señor. Lo que Weber definió, al analizar la formación de las sociedades modernas, como un «desencantamiento del mundo» (Weber, 1985), equivale a lo que los historiadores de la cultura han descrito como «el paso de una cosmología mágica, pre-moderna, pre-capitalista, a una cosmología moderna, capitalista, científica» (Macfarlane, 1987). Lo cual, a su vez, implica la idea de un mundo ordenado, medido en el espacio y en el tiempo.

Los bosques, las zonas pantanosas que habían atemorizado a los hombres, se convirtieron en fuente inagotable de recursos para su progreso material. No debemos olvidar que las primeras chimeneas fabriles se elevaron, no en las ciudades, sino en los campos, cerca de las minas, de las materias primas y de la energía (fósil o hidráulica). La Sociedad Industrial conquistó sistemáticamente el territorio, organizándolo en función de las necesidades productivas.

Sin embargo, en el punto álgido de la Sociedad Industrial, no era la dispersión lo que primaba, sino la concentración en las grandes ciudades. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, en los países industriales, se produce un no menos sistemático vaciado de los espacios rurales, en la medida en que sólo en la ciudad industrial la división del trabajo posibilita la sucesiva incorporación de nuevas oleadas de pobladores a los beneficios del progreso. Las mismas revoluciones tecnológicas que incrementaban la productividad industrial, poniendo al alcance de mayor número de gente los bienes materiales, incrementaban, a su vez, la productividad agraria, arrojando de los campos a las ciudades a los campesinos «improductivos».

La sociedad industrial es, por naturaleza, la sociedad urbana. No vamos a retomar las características básicas que hemos señalado en el cuadro de síntesis, pero sí debemos resaltar en este punto que la ciudad industrial se convierte en un gigantesco organismo que debe alimentarse, y que produce desechos. Diversos autores plantearon en los años 60 los términos del metabolismo de las ciudades, definido como «la suma de todas las materias y productos que aquélla necesita para el sostén de sus moradores» (Wolman, 1979), un proceso ya imparable, pues, como el metabolismo orgánico, «no sólo implica una combustión, sino que la continuación ininterrumpida de ésta -la respiración- es condición para la prosecución de nuestra vida» (Jouvenel, 1969). La función del territorio pasó a ser la de soportar, en el sentido más amplio, el metabolismo de las ciudades. Y la planificación en este contexto, tanto la económica como la urbanística, adquirió la función de otorgar racionalidad legitimadora a este proceso, intentando ordenar la gestión de una hinterland que, en las condiciones vigentes, se mostraron a corto plazo incapaces de soportar los efectos del metabolismo. La oposición campo/ciudad, o rural/urbano, tenía ciertamente un sentido de lucha seminal por el control del territorio. Pero, para entonces, las cosas habían empezado a cambiar: se había iniciado la transición, en la que en la actualidad nos vemos envueltos, hacia la Sociedad de la Información.

Describir cómo se inició el proceso es probablemente demasiado ambicioso para los propósitos de este texto, pero creo necesario señalar someramente, al menos, algunos hitos fundamentales que han marcado una lenta transición de la que no siempre hemos sido consciente.

En primer lugar, la Revolución de las Comunicaciones -antes aún que la de las telecomunicaciones-. La constante aceleración de la velocidad, tanto de la comunicación entre las personas, como del transporte de mercancías y personas, hizo innecesaria la concentración en las ciudades de las estructuras productivas -y, por supuesto, las residenciales-. El proceso de dispersión de actividades fue inmediato, y el uso de la tierra en vastos territorios empezó a reflejar «la variedad de formas de vida de su gente y el poderoso influjo de la ciudad» (Gottman, 1973). En las últimas cuatro décadas, hemos asistido a un proceso sistemático de dispersión, iniciado en los Estados Unidos en los años 50, y luego generalizado en todos los países industriales.

En segundo lugar, las sucesivas Revoluciones Tecnológicas (tanto la electrónica e informática, como la operada con la invención de nuevos materiales, la

biogenética y, por supuesto, las telecomunicaciones), que han generado nuevas formas de producción no basadas en la industria pesada y que, con el conveniente sostén de infraestructuras de comunicación, contribuyen aún más a la dispersión productiva en lo que hemos llamado «la urbe global» (Baigorri, 1995).

En tercer lugar, la fragmentación social y económica. La división urbana del trabajo ha propiciado la disgregación de los grandes grupos sociales (clases sociales, comunidades con raíces comunes, etc.) en una miríada de grupos de interés, cohesionados por todo tipo de factores sociales, desde las relaciones de producción a los sistemas de creencias. La diversidad social se ha acentuado enormemente.

En fin, hay que hacer al menos referencia al cambio de valores que se inicia en los años 60 -a partir del momento en que, en los países industriales, la población encuentra satisfechas sus necesidades básicas-, apuntados tempranamente (Sacco, 1974), y sistematizados por Inglehart como «valores postmaterialistas» (Inglehart, 1990). Estos nuevos valores van a generar la aparición de lo que se denominó el «empresariado moral» (Becker, 1973), capaz de organizar redes de presión y que se erigen en promotores de usos socialmente admitidos para el territorio.

En correspondencia con todos estos factores, asistimos a la propia fragmentación de la ciudad: «el espacio urbano, como globalidad, se fragmenta en multitud de piezas más o menos alejadas entre sí; se rompe la continuidad, característica de la urbe hasta ahora» (López de Lucio, 1993). Lo que no es, en realidad, sino el proceso de constitución de la urbe global.

La transición a la sociedad de la información. El fin de la dialéctica campo/ciudad

La desconcentración que se produce al iniciarse la decadencia de la sociedad industrial ha provocado la transformación del propio concepto de urbanización. Ya no cabe referirlo únicamente al desplazamiento de población hacia las ciudades -aunque se siga produciendo-, sino también, y sobre todo, a la extensión de la cultura urbana al conjunto del hinterland de las ciudades.

Lo cual ha hecho que la contradicción entre lo rural y lo urbano haya dejado de estar vigente. En los países avanzados no puede hablarse ya de espacios rurales y espacios urbanos, sino de una continuidad isomorfa de carácter urbano, rota tan sólo en algunas islas: en unos casos, pequeños núcleos perdidos en el espacio y el tiempo, que mantienen relativamente viva la cultura rural; en otros, las grandes metrópolis, que aportan una nueva cultura metropolitana, no suficientemente definida, pero esencialmente distinta de la cultura urbana.

A cambio, ahora podemos entender la dialéctica campo/ciudad en un sentido mucho más estricto, como relación entre lo que se entiende por continuum edificado, o suelo urbano en términos de planeamiento, y su territorio circundante.

Desde esta perspectiva, y ateniéndonos al planeamiento urbanístico, deberíamos pasar a ver el conjunto del término municipal (o el conjunto de términos municipales, si nos enfrentamos a un planeamiento de ámbito comarcal o regional) como un recurso que cumple funciones muy diversas, que satisface a grupos sociales y económicos muy diferenciados entre sí, y que, como veremos, genera a menudo una fuerte competencia. Compatibilizar todas las demandas y necesidades, manteniendo un equilibrio entre ellas, y manteniendo, a su vez, un equilibrio entre las alternativas de conservación y desarrollo, es el gran desafío del planeamiento del siglo XXI.

Naturalmente, estos modelos no son universales. Hay territorios (municipios a efectos del planeamiento) que parecen anclados en un punto temporal indefinido, cuyo suelo rústico parece responder al concepto ideal que todos tenemos de Naturaleza¹. Aunque las fuerzas a las que vamos a referirnos se pueden detectar incluso en esos municipios, fundamentalmente aparecen en el entorno de las grandes ciudades y, más aún, en aquellos territorios tremendamente complejos de economía mixta, agroindustrial, pero con un creciente peso del sector servicios, que constituyen las zonas agrarias más ricas (Baigorri, 1983).

En este sentido, hace más de veinte años que iniciamos una reflexión sobre las interrelaciones entre la estructura, la forma y la función del territorio exterior a las ciudades, tomando como elemento de análisis esa competencia que diversos agentes ejercen, expresada en términos de competencia por el uso del recurso tierra². Parece de interés retomar dichos análisis por cuanto describen las características del territorio como recurso justo en el momento en que la sociedad industrial empezaba a transformarse en sociedad de la información, pero en un país que vivía todavía los últimos estertores de una Era de las chimeneas que, como los peores dictadores, moría matando. Creo que tenemos ya una cierta perspectiva histórica que debería permitirnos distanciarnos del mero entrecuchar de las olas, y comprender dichos procesos en un marco evolutivo más general.

A medida que percibimos cómo desaparece la oposición bidireccional campo-ciudad, al estructurarse el territorio de los países desarrollados en un continuum crecientemente isomorfo al servicio de la red urbana global, llegamos a la conclusión

¹ Me resisto a utilizar el término *Naturaleza*, por cuanto la Naturaleza no existe en las sociedades desarrolladas. El campo, el espacio rústico, lo rural, es el resultado de la acción civilizatoria del hombre a lo largo de siglos y aún milenios. La Naturaleza es un espacio ideal que, incluso como concepto, surge muy tardíamente en la historia de las ideas, en el marco del Renacimiento, cuando el hombre occidental alcanza la percepción de que la ha perdido para siempre. Hoy la Naturaleza es exclusivamente, como diría Lefebvre, un reclamo publicitario.

² En nuestros informes para el Plan Director Territorial de Alfoz del Burgos (1977), los Planes Generales de Ordenación Urbana de Puerto de Santa María y Alfaro (1980), Alicante (1981), Ejea de los Caballeros (1982), Tauste (1983) y Badajoz (1985), así como en la propuesta de análisis para el Plan Especial del Suelo No Urbanizable de Tudela de Navarra (1983), y sobre todo en el Estudio Territorial de Extremadura (1991). Hemos intentado sistematizar en parte estas cuestiones en BAIGORI (1982, 1983, 1984 y 1992) y en BAIGORRI, GAVIRIA et al. (1985), pp. 59-91.

de que los protagonistas de la competencia ya no son los campesinos frente a los urbanitas, sino una especie de todos contra todos. Tal y como en la Naturaleza distintas especies compiten por el territorio, además de competir a nivel interno los miembros de cada especie.

Así, los ecologistas urbanos compiten, pretendiendo un uso bio-arqueológico de ciertos suelos caracterizados como «espacios naturales», con los «domingueros» (que los desean para un uso recreativo-residencial), las grandes corporaciones (que los precisan para instalar sus plantas de producción o sus instalaciones de ocio), o el propio Estado (que puede precisarlos para ubicar sobre ellos grandes infraestructuras o equipamientos). Y, a su vez, todos ellos, los urbanitas, compiten con los rurales, que pueden precisarlos (compitiendo a su vez entre sí) para la agricultura, la ganadería, la producción forestal o la caza.

Sin duda, Doñana es un ejemplo paradigmático, donde hemos visto competir a biólogos conservacionistas, agricultores de regadío, ganaderos, urbanizadores y al propio Estado (que lo ha tomado como área de descanso para algunos de sus dirigentes); obviamente, la alianza entre conservacionistas y aparato del Estado ha supuesto su institucionalización como Parque Natural, pero un juego de alianzas distinto podría haber conducido a otro resultado. Pero hemos tenido ocasión de conocer otros muchos ejemplos, como recientemente el del Embalse de Alange, en Extremadura; construido para mejorar los regadíos de las Vegas del Guadiana, se ha convertido en un espacio fuertemente competido por las industrias de Almendralejo, que deben efluir sobre algunos cauces que lo alimentan: la ciudad de Mérida, que ha empezado a utilizarlo como fuente de abastecimiento; el municipio de Alange, donde se asienta la presa, a cuyos usos turísticos termales querría añadir un turismo más masivo de pantano; la principal organización ecologista de la región, que monopoliza el uso de varias islas y penínsulas; los ganaderos de la zona, que han construido siempre refugios y ahora se ven perseguidos por los ambientalistas... podríamos buscar todavía más agentes en conflicto.

No se trata, estrictamente, como tradicionalmente se ha planteado, de una oposición conservación/desarrollismo. Hay competencias dentro de lo que podríamos llamar el bloque histórico productivista: los promotores inmobiliarios y turísticos compiten, por ejemplo, con las grandes factorías potencialmente contaminantes; unos y otros con las explotaciones mineras; los propios usos infraestructurales, dirigidos funcionalmente en beneficio de la maquinaria productiva, pueden hallarse en competencia con otros usos productivos agrarios, industriales o inmobiliarios. Y hay también, cada vez en mayor medida, competencia dentro del supuesto bloque histórico proteccionista³.

³ Sin ir más lejos, los agricultores, que inicialmente fueron los mejores aliados de los ecologistas en la mayor parte de los países avanzados, han terminado por convertirse en objeto de los más duros ataques por parte de los ambientalistas.

Del juego de interrelaciones y alianzas, es decir, de las posibilidades de comensalismo entre distintos agentes en competencia, dependerá el uso final que, funcionalmente, se asigne a ese espacio protegible. Los grupos o alianzas pueden conseguir que el espacio sea protegido, o asignado a otros usos, en función de su capacidad de influir en la toma de decisiones colectivas. Es así como hablamos algunos autores de una construcción social de los espacios naturales.

Considerar estos procesos supone ir más allá de los habituales análisis del territorio, centrados casi exclusivamente en dos aspectos: la estructura (del suelo, de la diversidad biológica, de la propiedad, de las explotaciones) y la forma (paisajes, cultivos, parcelación...). Hay que añadir un tercero: las funciones que cumple el territorio, cada vez mayores y más complejas, y casi siempre metaagrarias.

En Baigorri (1984) planteábamos que el recurso tierra cumple funciones muy diversas, de las que yo destacaría, como esenciales, las siguientes:

- a) Conservación de la vida (conservación de la biomasa).
- b) Producción agraria.
- c) Explotación de recursos naturales (minas, aprovechamientos forestales y cinegéticos, etc.).
- d) Descongestión de la ciudad:
 - 1) Como soporte de actividades industriales o de servicios molestos, insalubres y peligrosos.
 - 2) Como soporte de servicios y dotaciones particulares o institucionales que requieren unos espacios caros dentro de los cascos urbanos.
- e) Crecimiento y desarrollo residencial de las propias ciudades y pueblos.
- f) Soporte de redes de transporte y comunicación (carreteras, líneas eléctricas y telefónicas, ferrocarriles, canales y conducciones de agua, etc.) entre los nudos de la red urbana global.
- g) Descanso y bienestar para todas las capas sociales, si bien compartimentados los espacios por clases y estratos.

De forma que diversos actores deben competir por el uso y control de este recurso hoy escaso: agricultores, ganaderos, residentes urbanos, comerciantes, industriales, organismos públicos, grupos conservacionistas, etc., lo que se manifiesta como competencia para el uso agrícola, ganadero, urbano, residencial, forestal, comercial, minero o infraestructural de la tierra.

En Baigorri, Gaviria et al. (1985) mostrábamos, sobre el área metropolitana de Madrid, tantos usos no agrarios en el territorio supuestamente rústico como nunca hubiésemos podido imaginar. Nada menos que 177 usos concretos y distintivos, desde centrales térmicas a recicladores de materiales de construcción, pasando por usos tan peregrinos como centros de amaestramiento de perros de seguridad,

empresas pirotécnicas, clubes de tiro, cuarteles, centros de investigación inmunológica, grandes lavanderías asépticas, mercado de ocasión de camiones, guardamuebles, seminarios, residencias de animales, cárceles, casinos de juego, escuelas taurinas, clubes de alterne, frontones, grandes antenas de seguimiento espacial y un largo etcétera, en el que se incluía también, obviamente, el uso agrícola.

Es la confluencia de todas estas funciones diversas, este sinnúmero de usos diferenciados, junto a los propios núcleos urbanos existentes, lo que otorga personalidad al territorio objeto de la ordenación. Si consideramos al suelo rústico como un espacio ignorado⁴, esa multitud de funciones se desarrollará de forma desordenada, provocando disfunciones y contradicciones, no sólo entre el Medio Ambiente y el desarrollo urbano (o edificatorio), sino también entre la industria y la agricultura, o entre ésta y las necesidades dotacionales, de ocio, etc. Ejemplos claros son los fenómenos de las parcelaciones ilegales, los vertederos incontrolados, o fenómenos como los huertos periurbanos, propios de las grandes ciudades y metrópolis (Baigorri y Gaviria, 1985).

Un análisis realizado en la misma época de ocaso de las chimeneas, en el municipio de Alicante, puede servirnos de ejemplo. Su término municipal se habrá complejizado desde entonces, pero en aquellos momentos mostraba en todo su esplendor la competencia por el territorio. En el primer esquema observamos el término municipal con sus núcleos urbanos entonces reconocidos: la ciudad y el Barrio de Villafranquezar.

Ésta sería la situación de espacio ignorado, tal y como tradicionalmente es visto por los urbanistas. Era un espacio ignorado, pero no vacío. En todo caso con un vacío imperfecto, en cierto modo lleno de cosas, actividades, apetencias, en suma, tensiones. La observación más somera mostraba la existencia de poblamiento disperso, pequeñas pedanías -originariamente surgidas como asentamientos campesinos que facilitan el control y el cultivo de un extenso territorio de 20.000 hectáreas, y que con el tiempo se han ido complejizando-, cuya población oscilaba entre los 58 y los casi 1.000 habitantes (exceptuando la urbanización turística de Playa de San Juan, con casi 2.000 habitantes permanentes). Si a ello le añadimos las vías de comunicación, vemos cómo se forma una malla, más densa si incorporásemos la red de caminos rurales no pavimentados, que interconecta los distintos puntos del término municipal, y al conjunto del municipio con el exterior.

Un nuevo esquema nos muestra las líneas eléctricas de alta tensión, las subestaciones y las líneas telefónicas que surcan el término municipal. Estas redes posibilitan aún más el uso multifuncional del territorio.

En el mapa siguiente se representa la compleja red de canales y tuberías que,

⁴ Bien ignorándolo, como ha venido ocurriendo con el planteamiento tecnocrático tradicional, bien superprotegiéndolo hasta imposibilitar cualquier actividad, como ocurre con el planteamiento tecnocrático ambientalista de nuevo cuño.

con agua posible o de riego (procedente de embalses del interior, del trasvase Tajo-Segura e, incluso, de varias estaciones depuradoras de aguas residuales), recorren el término. En la agricultura de Alicante, el único factor limitante es el agua, para obtener altísimos rendimientos, y el coste de acarreo de este recurso, por elevado que sea, es compensado por las producciones de primor. La agricultura ultraintensiva de regadío -dado su poder económico- era todavía en 1981 un poderoso agente competidor en la utilización del territorio.

Como lo eran los usos extractivos. Mármol, yesos, cemento, arcillas..., la ciudad se construye en tanto le es posible con materiales de su entorno. Se incluía la producción de sal marina, para cuya decantación se precisan de grandes superficies de terreno, aunque la caída del precio de la sal ya venía provocando entonces una decadencia generalizada de las salinas marinas en todo el territorio nacional, ante la imposibilidad de que este uso compitiera con las elevadas rentabilidades ofrecidas por la función residencial sobre la primera línea de playa⁵. Se incluyen los usos extractivos forestales.

La densa malla de redes de comunicación y abastecimiento que cubre un territorio aparentemente vacío -y, en consecuencia, incontrolado- facilita la ubicación fuera del casco urbano de actividades molestas, insalubres o peligrosas, o que requieren grandes superficies de suelo, con un elevado coste en suelo urbano. El esquema recoge las más importantes de las detectadas.

Se ha señalado, sin fin, cómo el territorio cumple, asimismo, una función de ocio, descanso y bienestar para los habitantes de los cascos urbanos, alcanzando por igual a todas las capas sociales. El proceso temporal por el que las distintas clases han accedido a la satisfacción de esta necesidad nos marca un proceso de segregación espacial que, al igual que se observa en los núcleos urbanos, podemos detectarlo en las áreas de suelo rústico utilizadas para el ocio. El esquema siguiente muestra las etapas que este proceso había marcado en el territorio de Alicante hasta el momento de nuestra investigación.

En una primera época, las clases altas utilizaron las limpias playas de San Juan y la periferia urbana del Norte, en las huertas más antiguas y feraces huertas, en un área que, por su cercanía al casco, pronto termina siendo absorbida. A su entorno acudieron luego las clases medias, ocupando áreas más extensas de la huerta. Y, ya a partir de los años 70, la clase trabajadora debe conformarse con los terrenos más alejados del casco urbano, por su menor coste (por su lejanía, ilegalidad y baja calidad ambiental y paisajística, a menudo con vistas a instalaciones mineroindustriales). La generalización de este fenómeno supone la aparición como hongos de parcelaciones ilegales. En el mismo esquema en que se observa el proceso se localizan las principales

⁵ Curiosamente, la decadencia de las salinas marinas, tan codiciadas por los promotores inmobiliarios de costa, provocó la recuperación de minas de sal interiores que habían sido abandonadas años atrás.

parcelaciones de la época, utilizando una mancha negra por cuanto semejan células cancerosas en el territorio.

Obviamente, hablar de algo tan simple conceptualmente como el Suelo No Urbanizable, ese espacio vacío en el que, aparentemente, no hay nada, e incluso nos parece que no hay efectivamente nada cuando lo observamos superficialmente, es, a todas luces, insuficiente cuando nos detenemos a analizar esa multiplicidad de funciones que atiende ese territorio, y obviamente la ordenación será inadecuada si no atendemos, asimismo, a la multiplicidad de agentes que compiten por el uso de ese suelo.

De ahí que, para el caso que nos ocupa, en mi interpretación general del territorio⁶ no hablase de un Suelo No Urbanizable, sino más bien de tres tipos de espacios, urbanizados con intensidad variable: el casco urbano, los territorios suburbanizados, y los territorios semidesertizados, que, aunque atendían funciones muy complejas y aparecían relativamente habitados, no constituían un casco urbano definido.

Así, dudo mucho de que, ni siquiera para los extensos espacios de América, sea una imagen apropiada de la nueva realidad urbano-territorial la que se plantea en una de las conferencias de este congreso, atendiendo al menos a su título («El territorio americano: entre la concentración urbana y el desierto rural»). Hoy podemos decir a ciencia cierta que el desierto no existe. El aviador que describe Saint Exupéry no hubiese sido visitado por ningún principito; ningún viajero de otro planeta se atrevería a descender ante la intensidad de tráfico actual... Aventureros, probadores de coches, arqueólogos, geólogos a la búsqueda de petróleo o de minerales, biólogos buscando la planta salvadora contra la sequía, adoradores del sol, o de la luna, o de la arena, o del yo perdido en la inmensidad... Y si esto es así para los llamados desiertos, ¿cómo podemos seguir creyendo que el territorio de la civilización se resuelve en una dicotomía simple entre lo rural y lo urbano, atribuyendo además a lo rural alguna especie de vacío?

El jardín de la urbe global. Planificación urbanística, usos del territorio y desarrollo económico-social en la sociedad de la información

La imagen de urbe global que proponemos, entendida como «un continuum inacabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, pero que en su totalidad participan de una u otra forma de la civilización y la cultura urbanas», hasta el punto de que, al

⁶ El estudio que utilizamos se enmarcaba dentro de los trabajos preparatorios de la Revisión del P.G.O.U.

abarcarlo todo y descansar sobre las telecomunicaciones, la ciudad «deja de existir como espacio físico (...), se hace virtual» (Baigorri, 1995), se inspira en la «ecumenópolis» de Doxiadis (1979), que avanzaba los nuevos esquemas dominantes de organización social en red -concepto que incluye la idea holista de interrelación entre todos los factores-, antes que en el neoestructuralismo jerárquico, propio del pasado, que se deriva tanto de los modelos de Sassen (1994) como de los de Castells y Hall (1995) o, desde una perspectiva nacional, del que ha sintetizado Fernández Durán (1993). Para Doxiadis, la «ecumenópolis» se constituye como resultado de la interacción de cinco elementos: las capacidades de la Naturaleza, las necesidades del Hombre, las estructuras sociales, la capacidad técnica para la edificación en general (lo que él llama las conchas), y las redes, en el sentido más amplio del término. Es decir, básicamente el modelo POET (Población, Organización -cultura no material-, Medio Ambiente y Tecnología -cultura material-) propuesto por los sociólogos de la Escuela de Chicago como paradigma de la Ecología Humana (Park, 1936).

Algunos autores interpretan imaginativamente la urbe global en términos de una virtualidad límite, en la que «sus lugares serán construidos virtualmente por software, en lugar de físicamente con piedras, y estarán conectados por conexiones lógicas más que por puertas, pasajes y calles» (Mitchell, 1995). Frente a dicha interpretación, la tradición de la Ecología Humana nos ata a la materia, pero más desde la temprana perspectiva ecohumanista de un Jouvenel que reclama la necesidad de convertirnos en jardineros de la Tierra (Jouvenel, 1969), o un Whyte que proclama la urgencia de tratar el territorio a un nivel micro, construyendo en términos de humano el paisaje final (Whyte, 1968), que desde el tecnoambientalismo que ha alimentado el modelo de una economía de la nave espacial Tierra (Boulding, 1966), llevado al éxtasis con la hipótesis de Gaia (Lovelock, 1979).

En la urbe global que corresponde a la Sociedad de la Información, el territorio menos que nunca va a poder ser considerado como Naturaleza, sino como un auténtico entorno ambiental (environment) que sostiene diversidad de usos, respondiendo a demandas no menos diversas. Aquí los intersticios en la red urbana global son cada vez más reducidos, y afectan simultáneamente a escalas de muy distinto nivel⁷. Y el planeamiento urbanístico tiene un papel importantísimo que cumplir buscando la convivencia de diversos y legítimos intereses que compiten por su utilización.

En suma, se trata de considerar el conjunto del territorio como objeto de nuestra acción planificadora, y no únicamente los cascos urbanos y sus aledaños. Y se trata de estudiar ese territorio, no como Naturaleza, sino como un espacio que forma

⁷ No debemos olvidar, sin ir más lejos, que la base ecológica de nuestras ciudades no está en su entorno inmediato, sino en lugares dispersos y extremadamente alejados del planeta. Algunos trabajos han evaluado en 4,3 Has. la base ecológica actual de un *urbanita* avanzado, que evidentemente no pueden disponerse en su entorno inmediato (Wackernagel, Rees, 1995). El modelo de *urbe global* se nos aparece así como un instrumento analítico fundamental, ya que en estos términos el entorno de los intersticios de la urbe es el conjunto del planeta.

parte intrínseca de lo urbano, tremendamente complejo en usos y funciones, estrechamente interrelacionadas entre sí y sobre el que agentes muy diversos y contrapuestos compiten por su dominio. El territorio de la urbe global ni es el campo, ni mucho menos la Naturaleza; su capacidad funcional como recurso es muy superior, según ha quedado expuesto, y olvidarlo es condenarnos a seguir planificando en los mismos términos que en la era de las chimeneas⁸.

Quiero recordar que la idea de ciudad global fue anticipada en un sentido bien distinto por Yona Friedman, como utopía realizable en términos de proyecto que satisface la satisfacción de un grupo de seres humanos mediante el consentimiento de dicho grupo, es decir, bajo radicales principios democráticos (Friedman, 1977). Ciertamente, la Historia no ha terminado, y a las nuevas formas de la ciudad debe corresponder una nueva utopía realizable, una nueva construcción social en la que la Humanidad ejerza, ciertamente, como jardinera de la Tierra. El territorio, entonces, no es sino el jardín de la urbe global, con toda la implicación intraurbana que tiene el concepto de jardín. El hombre esperaba que, más allá de la terra ignota, hallaría el Jardín del Edén. Hoy se ve obligado a ser, él mismo, el jardinero de toda la Tierra si quiere sobrevivir como especie. Afortunadamente, cuenta con los principios morales, las capacidades y los medios técnicos necesarios para conseguirlo.

⁸ A menudo, la convivencia de usos y funciones de la sociedad agraria, la sociedad industrial y la sociedad de la información tienden a confundirnos. Sobre todo porque nos manejamos con conceptos -pro o anti- anclados en la sociedad industrial. Pensemos como ejemplo de uno de esos nuevos usos a tener en cuenta, en los centros de teletrabajo que van a ir surgiendo, alejados de las grandes ciudades, con su propia área residencial y de ocio, tal y como los poblados industriales y mineros florecieron en el siglo XIX. El factor de localización no es la materia prima, ni el transporte, ni la insalubridad o molestias que la actividad pueda suponer sobre la ciudad existente. En el marco de la red global de transportes y telecomunicaciones, la localización de estos nuevos poblados informacionales está determinado fundamentalmente por dos factores: el coste del suelo -demasiado alto para *talleres informacionales* que generan escaso valor añadido por unidad de producto, en el centro de las ciudades- y un entorno de calidad que sea capaz de atraer a los teletrabajadores.

Bibliografía

- ACOT, P., *Historia de la Ecología*. Madrid, Edit. Taurus, 1990.
- BAIGORRI, A., «Retrato de un colonizado. Sobre la urbanización del mundo campesino», *BICICLETA*, nº 29/30, 1980, pp. 52-56.
- , «La competencia por el uso del suelo y el planeamiento en el Medio rural», en VV.AA., *Ordenación Territorial Rural*. Palma de Mallorca, Colegio de Arquitectos Balear, 1982.
- , «La urbanización del mundo campesino. Usos y abusos en la modernización del Medio rural», en *DOCUMENTACIÓN SOCIAL*, nº 51, 1983, pp. 143-158.
- , «La tierra, un recurso escaso. Análisis sobre la forma, estructura y funciones del suelo agrícola en La Rioja», en BAIGORRI, A. y GAVIRIA, M. (dirs.), *El campo riojano*, Tomo I. Zaragoza, Cámara Agraria de la Rioja, 1984, pp. 101-178.
- , «Perspectivas globales. Tendencias y desafíos planetarios entre los rurales», *EXTREMADURA*, nº 2, 1992, pp. 49-57.
- , «La ciudad como organización física de la coexistencia», en HERNÁNDEZ, A. y LÓPEZ DE LUCIO, R. (dirs.), *Curso sobre Rehabilitación Urbano-Ecológica de la ciudad europea*. Madrid, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, 1995. (Edición fotocopiada).
- BAIGORRI, A., GAVIRIA, M. et al., *El espacio ignorado. La agricultura periurbana en el Área Metropolitana de Madrid*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1985.
- BECKER, H.S., *Outsiders*. Nueva York, Free Press, 1973.
- BOULDING, K.E., «The Economics of the Coming Spaceship Earth», en JARRET, H. (ed.), *Environmental Quality in a Growing Economy*. Washington, John Hopkins Press, 1966.
- CASTELLS, M. y HALL, P., *Tecnópolis del mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- DELÉAGE, J.P., *Histoire de l'Écologie. Une science de l'homme et de la Nature*. París, Edit. La Decouverte, 1991.
- DOXIADIS, C., *Ecumenopolis: The inevitable City of the Future*. Nueva York, Edit. Norton, 1979.
- FERNÁNDEZ-DURÁN, R., *La explosión del desorden*. Madrid, Edit. Fundamentos, 1993.
- FRIEDMAN, Y., *Utopías realizables*. Barcelona, Edit. Gustavo Gili, 1977.
- FRIEDMAN, Jh., *Territorio y función*. Madrid, IEAL, 1981.
- GOTTMAN, J., «La urbanización y la campaña norteamericana: el concepto de la megalópolis», en COHEN, S. (ed.), *Geografía y Medio Ambiente de América*. México, Editores Asociados, 1973.
- HALE, J.R., *Renaissance Europe 1480-1520*. Londres, Edit. Fontana, 1971.

- INGLEHART, R., *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton, Princeton University Press, 1990.
- JOUVENEL, B., *Arcadia. Ensayos para vivir mejor*. Caracas, Edit. Monteávila, 1969.
- KANT, E., *Filosofía de la Historia*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- LÓPEZ DE LUCIO, R., *Ciudad y urbanismo a finales del siglo XX*. Valencia, Universitat de Valencia, 1993.
- LÓPEZ DE SEBASTIÁN, J., *Destrucción de los recursos naturales y ordenación territorial*. Madrid, Edit. Mundi-Prensa, 1977.
- LOVELOCK, J.E., *Gaia, una nueva visión de la vida en la Tierra*. Barcelona, Edit. H. Blume, 1979.
- MACFARLANE, A., *The culture of capitalism*. Oxford, Edit. Basil Blackwell, 1987.
- McLUHAN, M., *Guerra y paz en la aldea global*. Barcelona, Edit. Planeta-Agostini, 1985.
- MITCHELL, W.J., *City of bits*. http://www-mitpress.mit.edu:80/City_of_Bits. 1995.
- PARK, Robert E., «Human Ecology», *THE AMERICAN JOURNAL OF SOCIOLOGY*. Recogido en THEOROSON, G.A., *Estudios de ecología humana*, tomo I. Barcelona, Edit. Labor, 1974, pp. 43-55.
- SACCO, G., «Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media», en ECO, COLOMBO, ALBERONI y SACCO, *La nueva Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- SASSEN, S., *Cities in a World Economy*. Thousand Oaks, Edit. Pin Forge Press, 1994.
- SHERRINGTON, Ch., *Hombre versus Naturaleza*. Barcelona, Edit. Orbis, 1985.
- TOFFLER, A., *El shock del futuro*. Barcelona, Edit. Plaza y Janés, 1970.
- , *La Tercera Ola*. Barcelona, Edit. Plaza y Janés, 1980.
- WACKERNAGEL, M. y REES, W., *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*. Filadelfia, Edit. New Society Publishers, 1995. (Resumen en <http://222.mbnnet.mb.ca/linkages/consume/brfoot.html>).
- WEBER, M., *Ensayos de Sociología Contemporánea*, Tomos I y II. Barcelona, Edit. Planeta-Agostini, 1985.
- WHYTE, W., *The last landscape*. Nueva York, Edit. Doubleday, 1968.
- WOLAM, A., «El metabolismo de las ciudades», en *SCIENTIFIC AMERICAN, La ciudad* (3ª edición). Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- YEARLEY, S., *Sociology, Environmentalism, Globalization*. Londres, Edit. Sage, 1996.